

HARKAITZ CANO

# Circo de invierno

Traducción:  
HARKAITZ CANO,  
excepto «El argentino tímido»,  
de JON ALONSO



## ÍNDICE

|                                      |     |
|--------------------------------------|-----|
| El argentino tímido .....            | 11  |
| El pan de vuelta .....               | 22  |
| Momentos estelares de la silla ..... | 29  |
| Elephant Terrible .....              | 43  |
| El hermano de Houdini .....          | 54  |
| La conquista del pan .....           | 61  |
| Frente al muro encalado .....        | 69  |
| El fabuloso hombre-bala .....        | 78  |
| Metamorfosis .....                   | 87  |
| <i>Berlin monogatari</i> .....       | 97  |
| Nada, no pasa nada .....             | 106 |
| Más difícil todavía .....            | 116 |
| Ciénaga .....                        | 121 |
| <i>Camarillo Brillo</i> .....        | 132 |

## El argentino tímido

ÉL JAMÁS SUBÍA A CASA. En cuanto pulsaba el timbre desde abajo, mi madre me miraba como a un cordero degollado y daba el último toque a mi pelo, *un dernier coup de peigne*, con la resignación de quien sabe de antemano que no merece la pena.

Podía leer en sus ojos algo que no alcancé a comprender del todo hasta años más tarde, cuando descifré por fin la pregunta que encerraba aquella mirada: ¿para qué peinar a quien se dirige al ojo del huracán?

Yo bajaba como un rayo. Antes de salir del portal, me soltaba el cinturón y tiraba de mis pantalones hacia abajo, hasta ocultar bajo las perneras los calcetines de rombos que tanto odiaba.

Y allí estaba él.

Me preguntaba cómo era posible que mi padre tuviera siempre aquella áspera barba de tres días, como si una vez crecida hasta cierto punto hubiese dejado de hacerlo, pero nunca más larga, ni tampoco jamás recién rasurada y perfumada. Llegué a la desconcertante conclusión de que su barba inmutable era resultado de los cuidados que dispensaba a su rostro. Desconcertante, porque aquella hipotética preocupación por su aspecto no se correspondía con su raído jersey de lana ni con su dejadez general.

Nunca supe en qué trabajaba exactamente, ni si todo aquello que me contaba era verdad o no.

Una vez contactó con un fabricante de lentes de Le Marais a causa de uno de sus inventos, el vaso-lupa, que, según él, abría formidables perspectivas de negocio. Su entusiasmo era tal que no hablaba de otra cosa por aquel entonces. Era una idea abso-

lutamente disparatada: fabricar vasos con cristales de aumento, para simular así que el volumen del líquido vertido en ellos era mayor, no sé muy bien con qué objeto. Se trataba evidentemente de persuadir al bebedor de que bebía en la misma medida que antes ingiriendo en realidad una cantidad menor, pero nunca averigüé si el fin último era preservar en lo posible la salud de los alcohólicos, o bien se trataba de una propuesta implacablemente comercial (es decir: servir menos cobrando lo mismo).

En otra ocasión, tuvo que atravesar la ciudad de cabo a rabo, bordeando todos y cada uno de sus *arrondissements*, a las seis de la mañana, montado en una estrepitosa motocicleta con el tubo de escape trucado, intentando batir a posta todos los récords de contaminación acústica; pero no debido a ninguna aviesa inclinación al gamberrismo ni a un inexplicable afán de fastidiar, sino en aras de un trabajo estadístico. «¡Incluso me pagan!», añadió luego, risueño.

Aseguraba que se trataba de un encargo de la concejalía para completar una investigación sobre el ruido urbano, que preocupaba mucho al departamento de tráfico.

—Me seguían cuatro pibes provistos de libretas dentro de un auto. Ellos observaban los edificios de las calles que iba atravesando, apuntaban cuántas ventanas se encendían y así sabían a cuánta gente iba despertando...

Se rió otra vez.

Aquel día, tras el desganado *coup de peigne* de mi madre, bajé las escaleras al galope, como de costumbre. Cuando papá miró hacia arriba, noté que ella nos observaba. Imaginé a cuatro esbirros a sueldo agazapados dentro de un Citroën DS, cada uno con su libreta, elaborando una estadística acerca del sinvivir de las madres parisinas, marcando una cruz en sus cuadernos cada vez que detectaban a una madre angustiada tras las cortinas.

Nunca olvidaré aquel día.

Papá mencionó algo acerca del diseño de los parques. Algo así como que estaba diseñando un parque en colaboración con un arquitecto —«bueno», corrigió después, «en realidad no es arquitecto-arquitecto, sino más bien una especie de escritor»—; un proyecto para embellecer los jardines de Luxemburgo, que, tras ser aprobado por el ayuntamiento, les proporcionaría una fortuna, según él. Embellecer los jardines de Luxemburgo, vaya dislate.

—Luego te acabo de explicar lo del parque, flaquito, primero vos y yo nos sacamos una foto, ¿querés?

Nos acercamos a un estudio fotográfico de Notre Dâme de la Lorette, con el escaparate repleto de retratos de boda y de primera comunión.

El fotógrafo, ataviado con un chaleco, atendía a una joven pareja. Al oír la campanilla de la puerta alzó la mirada lo justo para observar el aspecto de mi padre, y tras emitir un desagradable sonido gutural, hizo descender sus lentes hacia la punta de la nariz y siguió como si nada.

« *Bonjour* », dijo mi padre.

Nadie contestó.

La joven pareja contemplaba con atención las fotos de su boda.

—Si me permiten que exhiba alguna en el escaparate, les haré un descuento. ¿Qué les parece?

Se miraron, a un tiempo orgullosos y retraídos.

—¿Nuestro retrato en el escaparate, a la vista de todos?

—No veo por qué se habrían de avergonzar. Son unas tomas magníficas, están ustedes muy bien... Pregúntele a su marido.

—Bueno, sí... Creo que tiene razón, cariño...

El marido vestía pana gruesa, tenía un aire humilde. Un tornero. Un carpintero. Un ebanista, quizá.

—Un descuento es un descuento, cielo...